



Por Gabriela Jiménez Godoy

Vicecoordinadora del Grupo Parlamentario de MORENA

Hay indignaciones que llegan puntuales. Otras, en cambio, aparecen únicamente cuando el pueblo decide con fuerza escenarios que no convienen a ciertos grupos. La derecha mexicana pertenece a esta segunda categoría.

Cuando el pueblo de México otorgó a Morena y a sus aliados una mayoría clara, legítima y constitucional en la Cámara de Diputados, la derecha no tardó ni un minuto en declararse víctima.

De pronto, descubrieron que las reglas del juego ya no

La reforma electoral y la derecha que se indigna



les gustaban. Aquellas mismas reglas que durante décadas les permitieron gobernar, repartir privilegios y administrar el poder como patrimonio familiar, ahora resultaban "injustas".

Entonces vino el berrinche institucional: presiones, litigios, maniobras jurídicas, cabildeos soterrados y todas las palancas imaginables en el Tribunal Electoral. Su objetivo era simple: borrar en los tribunales lo que no pudieron ganar en las urnas.

No lo lograron. Y desde entonces repiten, como mantra, la palabra "sobrerepresentación", esperando que la reiteración sustituya a la razón.

Hoy, la historia vuelve a ponerlos incómodos.

La presidenta Claudia Sheinbaum impulsa una reforma electoral con propósitos muy claros: que los árbitros electorales no suplanten con criterios personales la voluntad popular; que se reduzcan los

costos excesivos de los procesos electorales; y que se revisen y racionalicen las funciones de los Organismos Públicos Locales Electorales, muchos de ellos duplicados frente al INE y convertidos en estructuras burocráticas costosas e ineficientes. Traducido al lenguaje ciudadano: que el dinero del pueblo se use para el pueblo.

Pero nuevamente aparecen las voces persistentes de la derecha, ahora envueltas en papeles membretados, estudios supuestamente técnicos y documentos "académicos" que esconden lo de siempre: capitales bajo la manga, nostalgia neoliberal y la añoranza de las viejas prácticas corruptas.